

Cuento Personal

por Theresa Leneer

Si usted me preguntara hoy quién soy yo, mi respuesta sería más larga de lo que hubiera sido hace cuarenta años, veinte años, diez años, cinco años, o aún hace dos años. Como parte de la respuesta están los diferentes acontecimientos acaecidos en la jornada de mi vida, los cuales han ayudado a definir y a mejorar la manera en que yo me veo a mí misma y cómo éstos se refieren a mi propia identidad.

¿Quién soy yo? Yo soy una mujer de descendencia africana y de la gente nativa de esta tierra. Soy una mujer trabajadora, heterosexual. Soy la madre de seis hijos ya crecidos (cinco hijos y una hija) y soy abuela de siete hermosos nietos(as). Yo estoy divorciada. Soy una educadora y una estudiante de toda la vida. Soy líder y ahora me siento cómoda en ese papel y al mismo tiempo, yo puedo seguir. Yo soy una persona introvertida pero aparento ser extrovertida porque mi éxito dentro de la cultura dominante así lo requiere. Soy una optimista y creo que las cosas tienen un círculo completo y comienzan de nuevo. Soy de la raza humana y simplemente, yo soy.

Mi certificado de nacimiento dice que yo nací el 20 de octubre de 1943, durante la Segunda Guerra Mundial, en Bremerton, Washington de Robert y Beatrice Coleman. No fue sino hasta el verano de 1982 que yo descubrí que yo fuí adoptada. Lo que se dice es que Robert Coleman fue mi padre biológico y que yo fui el resultado de un romance indiscreto.

Mi padre, Robert Rufus Gabriel Coleman, vino de una familia grande de Louisiana. Tan pronto como pudo, de acuerdo con sus primos, él dejó a su familia en su tierra para buscar afanosamente una vida en la "gran" ciudad para encontrar lo que fuera. Mi padre no habló mucho de sus experiencias excepto por el hecho que él fue deshonrosamente dado de alta del servicio militar porque le pegó a su comandante en jefe. El hombre había llamado a mi padre "coon" y "boy" (ambas palabras denotan una actitud despectiva para referirse a gente de color) más de la cuenta. Mi padre era un hombre tranquilo y gentil con habilidades en muchas diferentes áreas, una clase aprendíz de todo."

Mi madre, Beatrice Lee (Chilsom) Coleman, nació en una reservación en Lewiston, Idaho y ella también vino de una familia grande. Su familia se movió al estado de Washington y de acuerdo con ella, se movieron a menudo. Subsecuentemente, ella vivió en muchos pequeños pueblos y comunidades al este de las montañas hasta que ella y su familia de movieron al área del Puget Sound. Durante los primeros cinco años de vida

de mi madre, el francés fue su primer lenguaje; su padre era de las islas de Barbados colonizadas por los franceses. Mi madre era una mujer enojada, proveniente de dos mundos, ninguno de los cuales era aceptable dentro de la sociedad (blanca) dominante y sufrió no solamente por el racismo pero también por el sexismo y el clasismo. Durante la campaña de la guerra, ella, como muchas otras mujeres, trabajó en los astilleros navales. Yo no sé cómo mis padres se conocieron, éso nunca se discutió en presencia de mi hermana ni mía.

Para mi padre y mi madre, la posibilidad de moverse a Alaska parecía llena de potencial, volver a empezar—un nuevo comienzo. Alaska era un territorio. La construcción estaba en lo mejor con la creación de la autopista de Alaska, la instalación de las líneas férreas y el descubrimiento del oro, la buena posibilidad de hacerse rico fue un fuerte incentivo para muchos. Así es que en 1945, mi madre y yo nos fuimos al área de Seattle por barca de pasaje para seguir a mi padre en Alaska y como el *Daily News Minor*, un periódico local lo publicó yo fui la primera niña de color en Fairbanks, Alaska.

Al crecer en Fairbanks, Alaska, yo estuve alejada de las experiencias regulares de la vida que uno(a) gozaría y participaría dentro de una comunidad negra. Había una fuerte presencia militar a causa de ser, como le llamaban, un lugar estratégico como línea primera de defensa. A los jóvenes de color destacados en esos emplazamientos militares se les albergaba en viviendas segregadas. Parecía irónico que a ellos se les considerara capaces de defender a nuestro país a la par de sus contrapartes blancos pero vistos de diferente manera cuando se trataba de otros temas de equidad. No existía una comunidad negra por sí, sino una comunidad de hombres buscando fortuna y mujeres aprovechándose de esa fortuna y vendiendo sus cuerpos para placer. Más y más familias continuaron llegando a Fairbanks a tomar posesión de tierras con miras a forjar su futuro en ésa inmensa y fría tierra llamada "Seward's Folly." La mayoría de la población eran gente nativa de varias naciones de Alaska (es decir, Aleut, Eskimo—Atabascos, Alutiiq, Yup'ik, Inupiat, indios de la costa del Noroeste—Haida, Tlingit, Tsimshian), que vivían de la tierra de la manera como sus antepasados lo habían hecho por décadas. La influencia de la cultura dominante y la llamada civilización que les fue impuesta a estas gentes nativas se hizo evidente por medio de las enfermedades, del alcohol, del ultraje de la riqueza de la tierra, de la diligencia misionaria de salvar las almas de los "pobres salvajes" de la condenación y sí, del racismo.

Yo asistí a una escuela privada católica y yo era la única niña negra hasta el séptimo grado, cuando eramos tres, mi hermana Cheryl en los grados primarios, Suzanne... y yo desde el octavo grado hasta la escuela secundaria. Yo me sentía segura y cómoda en mi ambiente como una niña

jóven y no pensaba mucho acerca de ser diferente de mis compañeras(os) de juego ya que todas(os) teníamos la piel café a causa de estar jugando afuera en los veranos soleados las veinticuatro horas del día. Yo guardé trocitos y pedacitos de pensamientos, de experiencias, de información y de memorias que me ayudaron a formar el mundo como yo lo conocía o como yo pensé que lo conocía. Como una jóvel adulta, la transformación de nuevo apareció a la puerta y me llevó a través del umbral, desafiando lo que fuera que yo pensaba que era cierto. Éso fue en la escuela superior cuando yo descubrí la vergüenza de cómo yo me era vista a través de los lentes de los demás. Esto ocurrió en la clase de historia durante un corto, y estoy enfatizando la palabra corto, período de tiempo de discusión acerca de los africanos, de la esclavitud, de los negros, y de los indios. Estos grupos fueron caracterizados como ignorantes, salvajes haraganes que necesitaban salvarse de sí mismos.

Mi mamá, en su sabiduría infinita de saber dónde se encuentra el poder, nos empujó a mi hermana y a mi, a destacarnos intelectualmente, en las artes, en la habilidad de mantener un hogar, y a ser las esposas perfectas (por favor note que yo no dije compañeras) para los hombres con quienes nos casáramos. En particular, su esperanza era que nos casáramos con hombres blancos por lo que ellos representan—el poder y el privilegio que éso traería a la unión. El odio que mamá sentía para sí misma se manifestó en muchas formas.

Yo asistí a la Universidad de Seattle en Seattle, Washington y experimenté verdaderamente los obvios actos de racismo de los estudiantes blancos y la discriminación de los estudiantes de color. Experimentar el racismo no fue cosa nueva para mí, pero el rechazo y el aislamiento de la otra gente de color fue una nueva y conflictiva experiencia. Durante mi segundo año, yo tuve a una compañera de cuarto de Uganda y yo estaba extática. Yo hablé de mis aspiraciones de querer ir a Africa a lo que ella pronto me informó que a nosotros (los negros) no nos querían en su país y que no éramos aceptados(as). Ésa fue la primera vez que yo me sentí verdaderamente desconectada y sin raíces. La pregunta de quiénes éramos nosotros los negros, como un pueblo, se apoderó de mi alma. El propio nombre, Negro no nos conectaba, como un pueblo, a una region de tierra específica sino en lugar nos nombraba basado en el color de la piel.

...A veces me siento tan cansada de ir en contra del soplo de los vientos de la vida...El viento viene de todas direcciones y puede ser tan suave como la brisa en una noche de verano... puede elevarse a ser un vendaval con la fuerza que puede quitarme mi dignidad, mi humanidad, mi espiritualidad, y mi esencia....

De: UMOJA: La unidad que nos une
Un Proyecto de Investigación de Acción Participativa sometido como parte
del cumplimiento de los requisitos para el grado de Maestría de Artes en
Desarrollo Humano por Theresa Lenear. (1999)

**Reimprimido por Early Childhood Equity Alliance / la Alianza para la Equidad Infantil
(RootsForChange.net) con permiso de la autora**

Traducido por Maria Antonieta Renoos